

Estamos siendo con nuestros caminos locos en esta instancia indignada. Ruralidades marplatenses nos esfuerzan en todas sus posibilidades de acción y lloro. “Dónde”, “cuándo” y “qué”, no sé, pero lo más importante es dedicarnos a las textualidades corporales territoriales. Y se vayan, vayan, y vayan; estábamos en eso hace mucho tiempo, encontrando las visualizaciones cuasi-escritas donde nunca estuvimos y ellas nunca eran.

Terrorizadxs en este intra-kiempaso [tiempo espacial] que tenemos nosotrxs aquí-ahora, se prepararon algunas piezas corporales, que entre-dimensionando entre sonoridades espantosas de los complejos geologizados; ¿y hasta dónde se cuestiona esta problemática cosmotécnica de co-escribir y co-narrar[nos] en lo anti-gramático deshumanado, desubicado y territorializado en sus formas más giradas de lo sim.terrenalizado? Acá no se entiende la rugosidad de la defensa psicológica contra los ensamblajes antropocentrados. Liberándose de estas mismas líneas aburridas de narración sobre el dónde, lo cuándo y lo qué, creamos y deseamos con todos nuestros corazones rotos que nos desubicamos en las matrices de la Tierra por sí sola.

¿Cómo es co-ser este cuerpo? ¿Por qué nos tan deseamos expresar con lo tocado y lo semiótico de los signos matematizados? Pero siempre, siempre hay entradas en lo localizado otro, piolizando nuestras conexiones aquí-ahora, desolidificando nuestras vidas y fronteras en lo que se va y va a seguir mutándonos en nuestro cotidiano. Y se van estas narraciones. ¿Sobre qué se está narrando? Con nosotrxs co-escribimos en lo geo-sémico desubicado. ¿Hasta dónde nos va a dar miedo recibir mensajes que casi-nunca no vamos a traducir si sugiramos antropocentrándonos en pérdida de las muertes desconocidas? Y se va y va lo más pronto-rizado. Ahora estamos en esta co-geo-semiatización.

Y se geologizan los textos bajoterrenales. Como las mapas demuestran lo que ya no existe, las palabras dicen lo que nunca era y ya no es. Cualquier intento de la captura de lo tan movido y cambiante es una forma la más íntima de la ficción. Cualquier definición traiciona. La descripción detiene el movimiento, el concepto impone a nosotrxs implacablemente una forma. Que no fijemos el propio devenir sino sus rastros, cortes retrospectivos de la producción de conexiones.

Nos intimamos entre los signos geo-sémicos en las narratividades localizadas de los acantilados. En efecto, las ubicaciones y hogares intermediales -cosmotecnicamente y molecuralmente- se coordinan entre sí con las memorias y saberes territoriales. Se descriptan los cuerpos geosensoriales en los dinamismos inorgánicos, donde se deshacen mineralizadas en sus formas magmatizadas en el enredo entreterritorial. ¿Cuál será la [a]scritura pétrea que llega para alcanzar escalas más terrenalizadas y que conlleva y trocea las dimensiones casi inalcanzables de nuestras experiencias y fronteras corporales? Se derrama toda la materia semántica fluidificada con los seres-acantilados. Las palabras y frases se mueven y migran como rocas, así su lectura atrae traducciones co-vívidas, en las cuales nos socializamos en los espacios de los cuerpos-textos-territorios perdidos dentro de los largo-tiempos en lo mutante ampliado.

Esta apertura proporciona escribir y formarse en las eco-lógicas intimidantes en relacionamiento con lo geo-lógico, acercándonos ya a lo geo-en.poético, con su inmersión en las capas, las fortificaciones, los afloramientos y las formas duraderas de las historias y narrativas relacionados a la pertenencia y existencia en las espacialidades terrenales.

Las formas geo-sémicas con su territorio -en las capas, las formaciones y los patrones rocosos de los acantilados- siempre ya habían sido aquí-ahora. Eran diferentes, sean diferentes. De este ex-perímetro, de ahí se hace la co-captura y la co-escritura en las espacialidades rocosas. Al ver las capas climáticas y paleontológicas, desde las formaciones Vorohué, San Andrés, Miramar hasta el Arroyo Seco, lo geológico, lo microbiano, lo vegetalizado, terricidio por lo “humano”, lo [paleo]animalizado, el líquen, lo ventoso y lo hídrico están entrelazados en su narrativa histórica migratoria temporal y territorial. En esas cartografías, visualizaciones y digitalizaciones de las geo-escrituras, el cuerpo-territorio rocoso todavía parece cifrado en su cuerpo-territorio textual.

¿Cómo llegó el marco consiguiente del texto geológico y cómo se dispersó en sus cibertopologías moduladas? Así, las capas se demuestran, y las formaciones asémicas -aliadas y afiliadas- desfronterizan los significados perdidos y encontrados en estas geo-semias aquí-ahora. Se tiembla la desedimentación de la narratividad territorial; se encuentra la descorrosión del modo de ser representado. Por eso es una participación mutada, la intra-acción no-estática y no-estable en su lugar multi-temporal; ¿qué pasará con estas formas geo-semióticas cuando aparecen en otro territorio, en otro cuerpo, en otro texto? ¿Se continuará la mutación mutua? Lo asémico no siempre puede definirse como algo incomprendible para siempre, sino más bien como algo que dice por venir. Es un puente entre terrícolas divergentes, que convierte las lenguas forzadas parasíticas limitantes en algo más flexible y movido para la comunicación entre-medios. Algún siglo o milenio, lo cartografiado se aparecía en las capas medio-arqueológicas, alguien se captó estas geo-semióticas antes. Van a pasar otras intra-acciones, y los cuerpos de las rocas en sí mismos también pueden

cambiarse bastante rápido en-y-con su territorio: en su ubicación, en su hogar, en sus fronteras corporales y territoriales. Estar siendo en el estado intermedio se trata de interferencia constante, de todos los lados. Comunidades microbianas ya estaban alterando estos patrones geométricos geológicos, igual como pasa cuando ellos estén cientos y miles de años en el agua y con sus habitantes. Una velocidad tectónica y técnica extractivista puede mover lo geológico y cambiar el territorio como nunca. ¿Y qué pasó con participante mientras (se) mueve lo rocoso, y qué pasó con la roca? ¿A dónde va este cambio? ¿Se alteraron los signos geológicos cuando alguien intentó leerlos o decifrarlos? ¿Habían en primer lugar?

Las narraciones se escriben en lo ruidoso de estas lecturas; se deshacen las traducciones semióticas, porque no se ven las autorías de estas escrituras. Se comunican divergentes vidas terrenales, se descifren durante los primeros y posteriores pasos del encuentro. Luego van y van las capas y [de]sedimentaciones de sus historias y narrativas de estas comunicaciones, mensajes y traducciones. Y así llega lo simbiográfico en sí [biográfico simbiótico simpoiético]: la creación y la captura de las espacialidades de las acciones, las prácticas y las temporalidades de las narraciones de estas historias y narrativas; en otras palabras, estamos en los espacios de cómo estar y ser -semióticamente, ontológicamente y corporalmente- más cerca en nuestras narraciones sobre el planeta y cualquier de sus habitantes.

Por fin estamos en la T-tierra firme.

Que nos amplíemos, besazos desfronterizados. Basta de Terricidio.

Co-Geo-Semiatizaciones de los Acantilados [Sima Zali Tktau]

La Zona: Confabulaciones Biopoéticas III, otoño 2026